

AMERICANISMO EN EL LENGUAJE

«Considero el cultivo cuidadoso de la lengua patria, dice F. Schlegel, como sagrado deber en todo tiempo, e importantísimo privilegio de las altas clases sociales. Todo hombre educado debería hacer de ella el objeto" de su atención y desvelos, procurando conservarla íntegra y pura, y hablarla, hasta donde le fuese posible, en toda su belleza y perfección...» «Una nación — añade —, cuya lengua se torna ruda y bárbara, está amenazada de barbarizarse ella misma por completo. Una nación que mira con indiferencia la ruina de su lengua, renuncia la mejor parte de su independencia intelectual, y testifica que se resigna a morir»¹.

Así es la verdad: la literatura de un pueblo, es su lengua misma, dotada de ánima viviente por sus grandes escritores. Identificándose con la literatura, la lengua íntima relaciones con el estado social y político de los pueblos. No sin razón se ha atribuido, el calor del movimiento filológico que se inició en diferentes naciones de Europa a principios del presente siglo, a impulsos de patriotismo. Amenazados de absorción por las crecientes usurpaciones de la Francia conquistadora, los pueblos alarmados o agredidos corrían, con instinto seguro, a abrazar los monumentos históricos y literarios, que sirven de columnas firmísimas a cada nacionalidad:

¹Historia de la Literatura, lección X.

Amplexaeque tenent postis atque oscula figunt*.

Comprueba Mr. Marsh este hecho con ejemplos sacados de la historia de Alemania y Dinamarca². Pero aquella reacción literaria en ninguna parte fue tan decisiva y elocuente como en España. Bajo el reinado de Carlos IV la literatura, como la Corte, estaba afrancesada³. La vieja y genuina literatura castellana, sin honrados cultivadores, había caído en manos profanas y sórdidas que la arrastraban a su mayor descrédito. Los míseros abortos de aquella turbamulta de autorcillos daban materia de justificación, en su apartamiento de los senderos nacionales, a los literatos de talento y nombradía, que apenas reconocían más modelos clásicos, al par de los griegos y latinos, que los célebres escritores del siglo de Luis XIV, con desprecio de Calderones y Cervantes. Casi todos aquellos literatos, Moratín, Meléndez, Hermosilla, Burgos, de afrancesados en literatura pasaron sin dificultad a serlo en política, y sirvieron al usurpador.

Quintana, sin librarse de sus resabios de rigorismo clásico, que le asociaban a la escuela francesa, había empezado sin embargo a abrirse nuevas sendas fue

* [VERG., *Aen.*, II, 490].

² MARSH, *Lectures on the English language*, New York, 1872, p. 6.

³ Véase el brillante y completo *Bosquejo histórico de la poesía castellana en el siglo XVIII*, por el Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto.

leal y ardiente patriota, e inspirada en este sentimiento su musa severa, comunicó a sus inspiradores el «hervir vividor» de un mar embravecido. Sus odas resonaron por toda la Nación, y de sus tragedias había merecido entusiástica acogida el Pelayo (enero de 1805), no por la observancia de reglas arbitrarias, ni por un interés dramático que no supo comunicarla, sino por la importancia nacional del tema y el calor de la entonación. «Todo lo cubrió — confiesa el mismo Quintana — el interés patriótico del asunto: los sentimientos libres e independientes que animan la pieza desde el principio hasta el fin, y su aplicación directa a la opresión y degradación que entonces humillaban nuestra patria, ganaron el ánimo de los espectadores que vieron allí reflejada la indignación comprimida en el pecho, y simpatizaron en sus aplausos con la intención política del poeta»⁴. Así, clásicas en las formas, nacionales por la entonación, son sus obras originales; y con las estimadísimas compilaciones que publicó después bajo el título de *Tesoro del Parnaso Español* y *Musa Épica*, exornadas de introducciones y notas fundadas en las más severas doctrinas de la poética antigua, no hizo sino cooperar al movimiento de restauración literaria, que más bien que *romántica* debió llamarse *española*. El pueblo, que en coplas cantaba los triunfos y lamentaba los desastres de las armas españolas, quitó a los literatos el ceño con que estaban acostumbrados a mirar aquel metro, popular pero noble, y aquella rima,

⁴ *Poesías*, tomo II. Advertencia.

imperfecta pero gratísima al oído, en que el pueblo, poeta anónimo: compuso el áureo volumen conocido con el nombre de Romancero. Abogó la defensa de estas formas vernáculas, y de la poesía nativa castellana, el docto don Agustín Durán en el seno de la Academia Española, y, Director más adelante, por largos años, de esta sabia corporación, el ilustre don Ángel de Saavedra, que había sabido mostrarse digno tipo de raza heroica cuando quedó por muerto en la batalla de Antigola, recobrado de sus heridas gloriosas dedicó los ocios de la paz al cultivo de la musa patriótica, y ostentó todo su vigor y lozanía en los romances históricos. Ciertamente que la poesía lírica, habiendo sacudido el yugo francés, pocos años después tornó a admitirle en otra forma, incidiendo en la imitación de los románticos de la escuela de Chateaubriand y Lamartine. Pero el movimiento no fue infecundo del todo, y en otros departamentos sostuvo mejor su elación patriótica. En Toreno, actor de la guerra de independencia, halló éste un historiador por lo general grave y elocuente, que levantó el idioma a la altura de su asunto⁵. La dramática, libre de trabas, mostró con Bretón de los Herreros su fecundidad maravillosa, sin caer en los delirios que oscurecieron las glorias de la época más brillante, y la escena española, sostenida de continuo por sobresalien-

⁵Afean la historia de Toreno algunos resabios del espíritu advenedizo de filosofismo del reinado de Carlos III. Raya en repugnante injusticia la imputación absurda, de la matanza de franceses que hizo don Baltasar Calvo en Valencia (libro III), a las doctrinas de «los sectarios de Loyola».

tes ingenios, ha recobrado su primacía entre las naciones de Europa. Por otra parte, un pueblo que, falto de buena dirección crítica, solía dar injusta o confusamente el aplauso y el vituperio, honró por fin con admiración unánime los nombres de Cervantes y Calderón, y a uno y a otro se levantaron altares que viven cubiertos con ofrendas de propios y extraños. Cervantes ha empezado a ser en España, en el siglo XIX, como lo eran ya Dante en Italia y Shakespeare en Inglaterra, centro de atracción literaria, que sirve mantener en ambos hemisferios la unidad de la lengua castellana.

El espíritu de resistencia al yugo francés que excitó en España general y denodado alzamiento, despertó con energía en el ánimo de los pueblos americanos, los cuales hicieron entrar en buen camino a los gobernantes que se inclinaban a reconocer al Rey José, y auxiliaron con cuantiosos fondos para sostener la insurrección patriótica, a la Junta Central de Sevilla. Don Andrés Bello, por ejemplo, empezó dándose a conocer como poeta con un gallardo soneto a la victoria de Bailén. La efervescencia popular, que no hallaba pábulos a su actividad, tomó nueva dirección, y el grito de «Guerra al francés», que resonó en toda América⁶, se trocó bien pronto en el de «Guerra al realista». De igual suerte en España mismo, concluida la guerra de independencia, muchos de sus mejores soldados volvieron

⁶Véase la comprobación de este hecho, respecto de Colombia, en la preciosa *Autobiografía* de Páez, y en cuanto a las Repúblicas australes, en los *Recuerdos Históricos* del General Mitre.

las armas contra el poder real, que habían ayudado a restablecer. El empecinado, aquel -guerrillero famoso cuyo renombre de patria ha entrado en el caudal de la lengua como sinónimo de «constante», después de haber lidiado por Fernando VII, fue ajusticiado por delito de rebeldía contra el mismo Fernando VII, en 1825. Mina y otros patriotas españoles, después de guerrear bizarramente por la independencia de su suelo natal, vinieron aquende los mares a pelear por la independencia de las colonias.

El hecho es que en aquel período de vaivenes sangrientos, revueltas y fraccionamientos, la lengua castellana, lejos de verse amenazada en su unidad, la afianzó recibiendo homenaje unánime, y a veces tributos valiosos, de los escritores que abogaban la causa de diversas y contrarias parcialidades. Lo cual fue entonces una consecuencia, y hoy es demostración, de que la guerra de independencia, hispanoamericana no fue guerra internacional, sino una *guerra civil*, encaminada a emancipar como emancipó, de la dominación de un gobierno central, vastos y lejanos territorios. Bien lo entiende y lo expresa Bello cuando dice: «El que observe con ojos filosóficos la historia de nuestra lucha con la Metrópoli, reconocerá sin dificultad que lo que nos ha hecho prevalecer en ella es cabalmente el elemento ibérico. Los capitanes y las legiones veteranas de las regiones transatlánticas fueron vencidos por las cuadrillas y los ejércitos improvisados de otra Iberia joven, que abjurando el nombre conservó el aliento indomable de la antigua... La constancia española se ha estrechado con-

tra sí misma»⁷. Hemos oído contar que alguna vez el soldado español descubría al insurgente americano porque éste, como nosotros hoy día, pronunciaba la Z como S. Pero cuando esto sucediese, diríamos con más exactitud que el genuino castellano distinguía al enemigo por una pronunciación que es provincial en España y que prevaleció en América. Por lo demás, semejante señal hubiera sido por punto general equívoca, pues los americanos se dividieron en opiniones, y el elemento indio fue de ordinario adverso a la emancipación. No pocos peninsulares a su vez militaban en las filas patrióticas. En Ayacucho el General español Moret invitó al colombiano Córdoba a que antes de darse la batalla saliesen a saludarse en cierto sitio equidistante, los hermanos y parientes que en notable número había repartidos en uno y otro campo; y así se verificó. ¿En qué guerra propiamente internacional hubiera podido suceder cosa semejante? Sólo el *acento*, que suele variar de una Provincia a otra, hubiera servido a distinguir, menos la opinión, qué la procedencia local de las personas:

Ni se crea que las ideas de exaltado liberalismo, que alimentaban muchos de los precursores y autores de nuestra revolución de independencia, nacieron espontáneamente en los pechos americanos, o que vinieron, como contrabando, de Francia o de los Estados Unidos del Norte. Aquellas ideas transpirenaicas se habían ya propagado entre las clases cultas en España, y de allí directamente vinieron a América con hombres que las profesaban, y en libros en que más o menos paladina-

⁷ BELLO. *Opúsculos*.

mente se exponían. Las odiosas doctrinas sensualistas de la escuela de Condillac habían invadido los venerables claustros de Salamanca muchos años antes de que penetrasen en nuestras universidades. Aquello de «tres siglos de servidumbre», que sonó como feliz frase patriótica en los escritos de Madrid y de Camilo Torres, era ya expresión manoseada en España⁸. Durante las suspensiones de armas de nuestra guerra, de independencia, en las entrevistas de los jefes militares e e uno y otro partido, españoles y americanos desahogaban a las veces unos, mismos sentimientos, compitiendo en entusiasmo al brindar por la libertad⁹. Así que, en aquella época, un mismo movimiento intelectual y moral, iniciándose allá en España, desarrollábase luego paralelamente en la Península y en las colonias, en medio de guerras sangrientas, y a pesar de los odios feroces con que se despedazaba a sí propia nuestra raza.

Las épocas de grande agitación política son naturalmente impropias al cultivo meditado y laborioso de las letras, porque excitando pasiones ardientes y poniendo en ebullición ideas nuevas, favorecen la inspiración

8

Tres siglos infelices
De amargó

decía ya en 1806 Quintana en su oda a la Expedición para pagar la vacuna. «Tres siglos de servidumbre y desdichas», se lee en el *Bosquejo sobre las Comunidades de Castilla*, publicado por Martínez de la Rosa en Madrid en 1814.

⁹ En la célebre entrevista de Santa Ana «el General español Latorre dijo a Bolívar lleno de entusiasmo ¡Descenderemos juntos a los infiernos en persecución de los tiranos!» PÁEZ, *Autobiografía*, p. 200.

lirica y la elocuencia oratoria, y comunican a la lengua un calor movimiento que en el ulterior desenvolvimiento de la literatura suele ostentar su fecundidad beneficiosa. «Las más bellas creaciones de imaginación, dice Macaulay¹⁰, aparecieron siempre en tiempo de convulsiones políticas, así como las vides más lozanas y las más aromosas flores nacen en terrenos fertilizados por las erupciones volcánicas». Así en el primer tercio del siglo, en medio, y a virtud de la guerra de independencia en la Metrópoli, y de la guerra de emancipación en las colonias, inicióse en éstas, lo mismo que en aquella, un movimiento literario que continuó por algún tiempo con éxito dichoso, y cuyos resultados benéficos sentimos todavía. La literatura científica se anunció antes de la revolución y en cierto modo, la preparó, en *El Semanario* dirigido por Caldas y otros sabios neogranadinos, en esta ciudad de Santafé (año 1808. y siguientes), y después de ella se ostentó con nuevo brío, y mayor galanura poética, en la *Biblioteca y Repertorio Americano*, que Bello y García del Río, con otros distinguidos escritores, así americanos como españoles, publicaron en Londres en los años de 1823 - 1828. Estas publicaciones no han sido después, precisó es confesarlo, superadas ni emuladas por otras análogas. Tampoco hemos tenido después cosa alguna comparable con el *Canto a Junín* de Olmedo, ni con las *Silvas americanas* de Bello. Fernández Madrid y Var-

¹⁰ *On Dante*.

¹¹ Salvá, Mendíbil, etc. Nueva comprobación de la fraternidad natural de las letras españolas y americanas.

gas Tejada en Colombia, Varela en Buenos Aires, compusieron, conformándose a las reglas clásicas, tragedias que si bien dejaron mucho que desear, eran pasos de gigante en un arte no cultivado antes en América y que no ha podido después aclimatarse en nuestro suelo. Sólo la historia filosófica, la crítica literaria, que vienen siempre naturalmente después de la poesía, han comenzado a aparecer mucho después de aquella época, con débiles y modestos principios, merced a esfuerzos individuales de literatos que lograron recoger su espíritu en medio de la desazón y malestar en que viven sociedades mal gobernadas que no han conseguido echar sólidos fundamentos de paz y bienandanza.

Jamás miraron con desamor la lengua de Castilla los próceres de la independencia americana. En materia religiosa, si bien la adhesión a la fe católica prevaleció siempre en comicios y Asambleas¹², hubo disidentes, ya disimulados, ya francos. Pero en punto a lenguaje no se presentaron asomos de cisma; nadie imaginó siquiera que la lengua española dejara de estudiarse y cultivarse como lengua nativa de los americanos. Olmedo que hablando por boca del Inca, llevó la pasión política al extremo, diciendo

¡Guerra al usurpador! - ¿Qué le debemos?

¿Luces costumbres, religión o leyes... ?

hizo excepción implícita, ni podía dejar de hacerla si condenarse a sí propio, en favor de la lengua en que

¹² Creemos haberlo demostrado en una serie de artículos sobre el *Pensamiento de los Próceres*. [Ver *El Tradicionista*, de Bogotá, del 4 al 14 de enero de 1876].

escribió su canto inmortal, y en la que, con tan florida elocuencia como repugnante incorrección intrínseca, hacía hablar a Huaina-Cápac¹³. Caldas, al trazar el plan de las escuelas de primeras letras que él denominaba *Escuela de la Patria*, hablando de la 3ª y 4ª clase de escribir, decía: «Los (libros) más a propósito por la buena instrucción que producirán serán los de la historia de la Nación, y entre las muchas que están escritas se preferirá la del Padre Duchesne, traducida por el Padre Isla con las notas críticas y los extractos de cada libro en versos; se les hará aprender éstos a los niños de memoria... Continuará el niño en esta clase de lectura útil y agradable, así de la historia nacional como de algunos poemas morales y críticos, como el *Hombre Feliz* del Padre Almeida, *La Conquista de Méjico* por Solís, u otros, en los que el niño aprenderá no sólo buenos preceptos morales sino *a hablar con pureza nuestra lengua española*. A este fin contribuirán mucho las lecciones de memoria de la Ortografía de la Real Academia»¹⁴. Bello, aficionadísimo desde niño a la lectura de Calderón y otros escritores clásicos, había comenzado ya a acopiar datos que sirvieron de base, más ade-

¹³ El *Canto a Bolívar* está lleno de «diestras imitaciones en que se descubre una memoria enriquecida», no solamente «con la lectura de los autores latinos y especialmente de Horacio» (BELLO, sino también con la de los poetas españoles. Cuando Olmedo da a Bolívar el título de «Arbitro de la paz y de la guerra», no hace otra cosa que copiar un verso de Quevedo.

¹⁴ *Semanario de la Nueva Granada*, edición de París, 1849, págs. 83, 84,

lante, a su tratado de la conjugación castellana, a sus opúsculos sobre el *poema del Cid*, sobre verificación y etimologías, en diversas publicaciones esparcidos y a su *Gramática*, libro que ha alcanzado reimpressiones en España, y que hace muchos años sirve de texto para la enseñanza del idioma en Colombia y en Chile. Como a amigo personal y literario de Bello, citaremos aquí a don José Joaquín de Mora. Si bien natural de Cádiz, abogó Mora la causa de la independencia de América, y residió en las Repúblicas australes largos años, ya redactando periódicos, ya dirigiendo casas de educación. Es uno de los escritores más castizos del siglo XIX, y de aquellos a quienes más servicios debe la causa de la lengua castellana en estas regiones cismarinas. Cuando volvió a España, y a su ingreso en la Academia Española, se le consideraba menos español que americano. Su discurso de recepción en aquel Cuerpo, fue un valiente ataque al neologismo. Pero distinguiendo en éste el vicioso y empobrecedor del progresivo y legítimo, escribió muchas definiciones para el *Diccionario*, singularmente las que tienen relación con, usos y costumbres de América¹⁵.

Hubo de correr medio siglo, y de consumarse irrevocablemente el hecho de nuestra emancipación política de España, sin que voz alguna, que yo sepa, sonase en América en defensa de una soñada emancipación de la lengua castellana. Las innovaciones ortográficas que escritores notables propusieron e intentaron, nunca se es-

¹⁵ *Memorias de la Academia Española*, vol. I, p. 113.

timaron por sus autores agresivas a la unidad esencial del idioma. Partían del buen deseo de perfeccionar la lengua; estimábanse aquellas reformas como un desarrollo de las que introdujo la misma Real Academia Española, y aspirábase a que se adoptasen universalmente a fin de evitar funestas divergencias. Sólo en los folletos de Sarmiento transpira espíritu revolucionario. Pero los conatos de este reformador fueron posteriores a la época de la guerra, no tuvieron sequito, y bien examinados, son un hecho aislado que confirma nuestro aserto. El patriotismo americano nunca atentó contra la unidad y pureza de la lengua. No cubramos pues con capa de celo americano a los enemigos, si los hay, de nuestra lengua: que en achaque de patriotismo sería loca soberbia querer competir con el instinto seguro y clara visión de los varones ilustres que fundaron la independencia, sellándola con su sangre.

Por fortuna no ha caducado en nuestra América la religión del respeto en materia de lenguaje. Estimase indispensable el estudio de la gramática, y granjea general apreciación a los escritores públicos la pura y castiza elocución. Este sentimiento, dominando en las clases cultas de o la sociedad hispanoamericana, es el más eficaz mantenedor de la unidad de la lengua. Alimentemos este fuego sagrado, y trabajemos de consuno por que ignorancia ciega, glacial positivismo, y orgullo nacional mal entendido, no consigan extinguirlo ni amenguarlo.

Gregorio Gutiérrez González, el cantor popular de Antioquia, no sé si con más vanidad provincial que ingenua modestia, dijo:

Yo no escribo español, sino antioqueño*.

Sería de temerse que esta línea pervirtiese el juicio de los apasionados del dulce cantor de Julia. Diríase al leerla, que los antioqueños hablan su dialecto propio; que en éste escribió Gutiérrez González; y llegaríamos a imaginar que la Musa dialéctica sabe dispensar en América a sus cultivadores tanta fama como la castiza Musa castellana a los suyos. Error: Gutiérrez González escribió en castellano; y por eso se leen y se entienden sus versos no sólo en Cundinamarca o cualquiera otro de nuestros Estados, lo mismo que en Antioquia, sino en el extranjero tanto como en Colombia. Gutiérrez González sembró a las veces en sus poesías términos provinciales, y de que así lo hiciese, con mucho o poco acierto, no se sigue que hablase dialecto. Tienen los poetas el privilegio, o más bien, poseen el arte, cuando de veras son poetas, de enriquecer la lengua lo mismo con palabras arcaicas que con vocablos provinciales, dándole grato aspecto y sonido, merced a una *callida iunctura*. Dante y Goethe emplearon adrede en sus obras provincialismos, y así formó aquél la lengua toscana y éste enriqueció el alemán. Andrés Bello, el más castizo y correcto de nuestros poetas, usó en sus Silvas mayor número tal vez de voces americanas que Gutiérrez González en todas sus poesías¹⁶. Milanés no

* [*Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*].

¹⁶ Compárense, por ejemplo, estos conocidos pasajes:

¿Conoces tú la flor de *batatilla*,
La flor sencilla, la modesta flor?

es menos provincialita en sus términos, y su galana poesía no deja por eso de tener excelente sabor castellano. En la *Memoria sobre el cultivo del maíz* cargó la mano el poeta antioqueño, usando al par de términos locales, frases de baja y grosera institución: abusó el privilegio, vició y aplebeyó el lenguaje poético; pero así y todo, no escribió en dialecto propiamente dicho. Guardémonos de confundir la vulgaridad, o heces de toda lengua literaria, con las lenguas congeneradas, circunscritas y menos nobles, o dialectos. Y guardémonos,

Así es la dicha que mi lab o nombra;
Crece a la sombra,
Mas se marchita con la luz del sol! ...
No hay sombras para ti. Como el *cocuyo*
El genio tuyo ostenta su fin!
Huyendo de la luz, la luz llevando,
Sigue alumbrando
Las sombras mismas que bus ando va.

G. G., ¿*Por qué no canto?*

O del *cocuy* las luminosas huellas
Viese cortar el aire tenebroso,
Y del lejano *tambo* a mis oídos
Viniera el son del *yaraví* amoroso!...

De sus racimos la variada copia
Rinde el palmar, da azucarados globos
El *Zapotillo*, su manteca ofrece
La verde *palta*, da el *añil* su tinta,
Bajo su dulce carga desfall ce
El *banano*, el café el aroma acendra
De sus albos jazmines, y e *cacao*
Cuaja en urnas *de* púrpura su almendra.

A. B., *Alocución a la poesía*.

de igual suerte, de equivocarse en un escritor de fama, las bellezas con los defectos. Gutiérrez González tiene ternura, ingenuidad y gracia: hay blandura en sus sentimientos, y melodía en sus versos. A estas condiciones felices debe su merecida reputación, no a corrección y elegancia, ni a grandeza de imágenes, ni a profundidad de doctrina, dotes de que carecen sus producciones. Ingenio privilegiado, pero imperfecto artista, habría alcanzado mayor gloria si hubiera sabido manejar mejor el órgano peregrino que da forma sensible y sonora a la inspiración.

Si la idea de cultivar un dialecto determinado ha asomado apenas la cabeza en alguna línea como la citada, en que pocos pararán mientes, la idea de considerar dividida la lengua en dos grandes dialectos, peninsular y americano, más amplia y grandiosa, si bien utópica, ha podido cautivar simpatías desde que un escritor ilustre y benemérito de las letras americanas supo darle resonancia. Nombrado señor don Juan María Gutiérrez miembro correspondiente de la Real Academia Española, no tuvo a bien aceptar el nombramiento, y devolvió el diploma, con carta que al Secretario de la corporación dirigió de Buenos Aires el 30 de diciembre de 1875. En este documento expone su autor los motivos, de celo americano que le determinan a no aceptar «el favor — son sus palabras — con que han querido distinguirme considerándome capaz de contribuir a los fines de esa afamada corporación». La carta del señor Gutiérrez, ya por la importancia del nombre que la autoriza, ya por la circunstancia de ser aquella la primera vez que un americano rechazaba el título

honroso de miembro de la Academia Española, se reprodujo en casi todos los diarios de la América Latina. Y si bien la crítica severa con que por la mayor parte de ellos fue comentada patentiza la inpopularidad de la idea, elogios si bien lacónicos, que otros la dispensaron, manifiestan que existen adictos a las opiniones que el señor Gutiérrez consignó allí, y que, por lo tanto, llegado es el momento de debatir la cuestión y poner en su punto la verdad.

El señor Gutiérrez en su carta a la Academia deja entender que- las opiniones que en ella sostiene no son las de los literatos de América. «Descubro ya un espíritu, que no es el mío, en los distinguidos literatos sudamericanos, especialmente de la antigua Colombia, que han aceptado el encargo de fundar Academias correspondientes de la de Madrid. Algunos de ellos me honran e instruyen con su correspondencia, y a los más conozco por sus escritos impresos. Adviértoles a todos caminar en rumbo extraviado y retrospectivo con respecto al que debieran seguir, en mi concepto, para que el Nuevo Mundo se salve, si es posible, de los males crónicos que afligen al antiguo».

Haré uso en ésta vez, como en otras, de la urbana libertad que consiente sinceras y amistosas relaciones para volver contra el señor Gutiérrez el cargo que se encierra en la frase «rumbo extraviado y retrospectivo», especialmente alusiva a la Academia Colombiana, a la cual tengo a honra pertenecer. Debo al señor Gutiérrez singulares distinciones, y los sentimientos de tolerancia y benignidad que le animan, si he de juzgar por el modo harto benévolo como, en materias en que no estamos

de acuerdo, acostumbra recibir mis francas y rudas observaciones, no son la prenda que menos enaltece a mis ojos su carácter.

La libertad en la unidad, el progreso en el orden, es rumbo lógico de una sociedad que aspira a alcanzar alto grado de civilización. La unidad de la lengua no es el vínculo que menos afianza la fraternidad de Repúblicas que, si sólo a intereses políticos atendiesen, no siempre tendrían motivo plausible de apellidarse hermanas. Multitud de tribus, discordantes en las ideas y en el habla, órgano de las ideas, poblaban nuestra América. La conquista estableció la unidad del culto y de la lengua. La emancipación acarreó un nuevo elemento de grandeza, la libertad. Combinados estos elementos serán factores de civilización progresiva. Sin libertad, el progreso se estanca por falta de motor. Pero sin unidad, las fuerzas se fraccionan y descarrían, y el progreso social no sólo se entorpece, sino que se hace imposible, hasta que esfuerzos nuevos se conjuran a restablecer la perdida unidad. La corrupción reciente de una lengua arguye desorganización social; y entregarse con indolencia o con placer a esa corriente, es seguir sin miedo o adoptar con gusto un rumbo evidentemente extraviado o retrospectivo, con respecto al que sacando a los pueblos del estado salvaje los encamina a sus gloriosos destinos.

Rumbo extraviado y retrospectivo es, además, el del señor Gutiérrez en su carta a la Academia, respecto al curso genial de sus aficiones estéticas y principios literarios. Importa demostrar esta contradicción; porque la autoridad del ilustre cantor de Mayo, del Quintana de

nuestro Parnaso (por su no rivalizada compilación *A méria: poética*), del Macaulay hispanoamericano (por sus admirables ensayos críticos), es harto grave, y pesaría demasiado en esta vez en la balanza de la opinión pública, si la teoría del autor de la carta no apareciese en disonancia con lo que siempre ha practicado el poeta y lo que anteriormente ha enseñado el crítico.

Cantó Juan María Gutiérrez la independencia de su patria en el más noble estilo, en el más puro lenguaje castellano. Sus opiniones como crítico, sobre la misma materia de que trata la carta a la Academia, campean en las exornaciones y notas con que dió a luz las obras de su amigo don Esteban Echeverría. Del tomo V, impreso en 1874 (la carta á la Academia es de 1875), tomaré a mi propósito algunos pasajes decisivos.

De esta penosa tarea de aprender de adulto lo que debe mamarse con la leche materna, ha dejado Echeverría un testimonio más de la constancia y fuerza de voluntad. Esos mismos libros que el tedio le hacía tan pesados, llegaron a ser sus amigos y bien venidos a sus manos, y poco a poco fue comprendiendo que de entre las frases vacías¹⁷ y las aspiraciones místicas de los ascéticos antiguos, podían extraerse ex-

¹⁷ Aquí asocia el señor Gutiérrez sus preocupaciones antirreligiosas con sus aficiones literarias. Así Voltaire solía llevar consigo el *Petite Carême* de Masillon, su autor predilecto entre los prosadores. Pero en la carta a la Academia el filósofo se pone ceñudo y sarcástico: «Hombres prácticos y de su tiempo antes que nada, no leen sino libros que enseñan lo que actualmente se necesita y no lo que enseñan las páginas de la tierna Santa Teresa y su amoroso compañero San Juan de la Cruz, ni libro alguno de los autores que forman el concilio infalible en materia de lenguaje castizo».

presiones y giros de lenguaje que dieran color y energía pensamiento moderno expresado en nuestro idioma (página XVIII).

Echeverría, en consecuencia hizo una compilación de esas «locuciones y modismos tomados de algunos hablistas castellanos». «La razón y objeto de estos estudios, dice Gutiérrez en són de aplauso, se comprende recordando que Echeverría ha dicho: "La América, que nada debe a la España en punto a verdadera ilustración, debe apresurarse a aplicar la hermosa lengua que la dió en herencia, al cultivo de todo linaje de conocimientos, a trabajarla y enriquecerla con su propio fondo; pero sin adulterar, con postizas exóticas formas su índole y esencia, ni despojarla de los atavíos que le son característicos"» (página 155).

Las pobres y maltraídas producciones de escritores audaces que estropean su lengua, no acertando a manejarla, no podrían satisfacer al gusto acendrado y artístico de Gutiérrez. En los poetas románticos de la escuela francesa nota con dolor «raudales de palabras huecas, relumbrones sin verdadera luz, ignorancia del idioma y de cuanto debe saber el poeta» (página LXIV). Y en la *Revista del Plata*, de febrero de 1875, en un artículo que no me es dado recordar sin sentimientos de particular gratitud¹⁸, habla en tono despectivo de «los versos que generalmente nos regala la Musa sudamericana, libertina, indómita, sin más consejero que el oído, a veces mal educado, y excesivamente democrática en el

¹⁸ *Virgilio en América*

estilo, en la elocución y en las formas sintáxicas casi siempre cortadas al talle de la prosa» (página 617).

Hermosilla, tipo en España de clásicos severos, se pronuncia contra todo género de arcaísmo. Gutiérrez, más poeta, más artista y más verdaderamente clásico en sus inclinaciones que el autor del *Arte de Hablar*, no acierta a disimular, la afición al arcaísmo discretamente usado, es decir, a la explotación bien entendida del castellano antiguo, la cual es sin duda uno de los medios más eficaces de conducir rectamente el progreso de la lengua, refiriéndola de continuo a sus tipos primordiales. «En aquellos de sus escritos que pueden llamarse didácticos y en los humorísticos, abre (Echeverría) el arcaísmo de sus tesoros adquiridos en el trato con los autores del siglo de oro, y salpica sus producciones con oportunos arcaísmos que les dan sal y relieve». (Obras de Echeverría, volumen V, página XIX). «Un respeto llevado hasta el arcaísmo por las formas sintáxicas y vocablos predilectos de Herrera y León», es «achaque perdonable y aun meritorio al trasladar al castellano la obra de un antiguo, porque así parece la imitación más cercana al original». (*Revista del Plata*, página 603).

En el artículo últimamente citado indica ya el señor Gutiérrez que «puede ser peligroso para la independencia del pensamiento americano tomar demasiado en cuenta, al escribir, el *qué dirá* la Academia madrileña de la lengua». Pero «las producciones de don José Eusebio Caro y de otros vates neogranadinos» le convencen de que «la *excesiva devoción a la gramática de nuestros abuelos en nada perjudica a los arranques audaces*

del *patriotismo republicano ni a la libertad de las ideas*» (Ib.).

¿Cuadrar estos principios y sentimientos con las apreciaciones consignadas en la carta a la Academia? Parece que en los momentos en que la meditaba el escritor, había tomado cuerpo en su mente aquel vago temor de que la adhesión a un centro literario europeo favoreciese inclinaciones de sumisión a autoridades en otro orden de ideas.

Es verdad que la teoría según la cual el lenguaje debe desenvolverse sin viciar su índole original, ni quebrantar las leyes de analogía que le son propias, se dan la mano con la doctrina política y religiosa que admite el progreso y la libertad dentro del respeto debido a las tradiciones y la conservación del orden social. Espíritus hay, como Voltaire o Littré, conservadores en materias de lengua y literatura¹⁹, revolucionarios en lo político o lo religioso, o en lo uno y lo otro. A esta escuela literaria acomodaticia pertenece Gutiérrez; pero hallándose en presencia de un antagonismo de sentimientos que no acierta a conciliar, parece que en un momento de despecho inmola el objeto del amor y culto de toda su vida, por la amarga preocupación de que «la mayor parte de esos (literatos) americanos se manifiestan afiliados más o menos a los 'partidos conservadores de Eu-

¹⁹Littrés, por ejemplo (*Histoire de la langue française*, t. II, p. 485), sostiene que «Une langue ne peut être conservée dans sa pureté qu'autant qu'elle est étudiée dans son histoire, ramenée à ses sources, appuyée à ses traditions. Aussi l'étude de la vieille langue est un élément nécessaire, lequel venant à faire défaut, la connaissance du langage moderne est sans profondeur, et le bon usage sans racines».

ropa, doblando la cabeza al despotismo de los flamantes dogmas de la Iglesia Romana y entumeciéndose con el frío cadavérico del pasado, incurriendo en un doble ultramontanismo, religioso y social».

No es éste ya el estilo acendrado y delicioso del crítico imparcial, sino acerbo lenguaje de rencoroso y azorado sectario.

Por lo demás, la argumentación del señor Gutiérrez en su carta a la Academia, es especiosa, y a muchos puede

haber seducido, porque asienta principios que en un sentido son verdaderos, pero en otros falsos. Es incuestionable que las lenguas vivas, por el hecho de hablarse, experimentan cambios y modificaciones. Pero *fijarse* una lengua no es, como supone el señor Gutiérrez, lo mismo que paralizarse. Fijase una lengua cuando se determinan las leyes de su desarrollo vital. Así, fijarse y progresar, no son términos sinónimos, pero sí correlativos. El movimiento de una lengua es, ya de progreso, o ya de decadencia; puede una lengua en su camino hacer adquisiciones valiosas o padecer pérdidas considerables. El señor Gutiérrez pone la lengua castellana en América en la disyuntiva de petrificarse o bastardear de su origen. Pero no establece la verdadera distinción que ha de decidir en el Nuevo Mundo de la suerte de nuestro hermoso idioma, el cual o ha de desarrollarse, como idioma fijado ya según sus leyes biológicas, o abandonado a fuerzas extrañas y diversas, ha de disolverse y perderse, fraccionándose en dialectos.

Jamás ha entendido la Academia Española la fijación de la lengua como cosa de fosilización. «El principal fin que tuvo la Real Academia Española para su

formación fue hacer un Diccionario copioso y exacto en que se viese la grandeza y poder de la lengua, la hermosura y fecundidad de sus voces, y que ninguna otra la excede en elegancia, frases y pureza»²⁰. La empresa y sello adoptados por la Academia, y que consisten en un crisol puesto al fuego con esta letra: *Limpia, fija y da esplendor*, simbolizan los trabajos de la corporación, especialmente en la formación del Diccionario. «En el metal se representan las voces, y en el fuego el trabajo de la Academia, que reduciéndolas al crisol de su examen, las limpia, purifica y da esplendor, quedando sólo la operación de *fijar*, que únicamente se consigue apartando de las llamas el crisol, y las voces del examen»²¹. Fijar las voces, según esto, es dar a las que el uso y la analogía sancionan, honrado puesto en el inventario general de la lengua. Pero la Academia no ha pretendido detener la lengua en su desenvolvimiento regular y fecundo; antes bien, caminando a la par con ella, ha ido enriqueciendo en sucesivas ediciones su Diccionario, en el cual fraternizan dentro de la unidad literaria del idioma, el arcaico vetusto y respetable y el neologismo flamante y autorizado.

En cuanto a la idea general, «fijarse una lengua» claramente la definió en el seno y con aplauso de la Academia, un benemérito individuo de ella, don Pedro Felipe Monlau: «Las lenguas no pueden considerarse *fijadas* hasta que tienen una literatura propia, rica y completa. Entonces han alcanzado el máximo de su

²⁰ Diccionario de autoridades, 1726 sgg., vol I, p. I.

²¹ Ib., p. XIII

estatura, y entonces cabe medirlas, o sea formar el inventario de sus vocablos, consignar su sistema gramatical, declararlas *idiomas nacionales*, y asegurarles un porvenir en la Historia, como expresión fiel e indeleble que serán del estado de cultura del espíritu humano en una nación y épocas dadas... Apresurémonos ahora a consignar que la *fijación* de una lengua hablada debe entenderse siempre en sentido relativo, porque el idioma es la voz de las naciones, es el eco prolongado de las ideas y de las instituciones de los pueblos, y las ideas son de por sí versátiles, y las instituciones humanas son por esencia, mudables... Las lenguas habladas son organismos vivientes, y la vida es el movimiento, y el movimiento orgánico supone pérdidas y reparaciones incesantes»²².

No menos explícitos han sido en esta materia otros varios Académicos, muy conocidos como castizos y atildados escritores, en discursos compuestos por encargo de la Academia, y, como el citado anteriormente, delante de ella y en ocasión solemne pronunciados. En 29 de septiembre de 1861, tratando el señor Alcalá Galiano de la importancia del estudio de las lenguas extranjeras en relación con el de la propia, decía: «No es una reproducción cabal y fiel de los escritos del siglo XVI o XVII lo que debe recomendarse a los autores de la edad presente, o lo que, aun recomendándolo, podría de ellos esperarse que fuese puntualmente seguido. No: las copias, aun las superiormente ejecutadas, carecen de brío, y no alcanzan el más alto precio: el reme-

²² *Memorias de la Academia*, t. 1, págs. 437, 438..

do, aun el mejor hecho, si admira y es justamente aplaudido, a la par que causa admiración provoca a risa. En todos tiempos y casos es la espontaneidad joya preciosísima en el tesoro de las producciones del ingenio humano. Así que, lo apetecible, lo que ha de buscarse en escritos contemporáneos, no es que aparezcan en ellos imágenes del día presente vestidas con añejas galas, sino que los arreos que revistan a los pensamientos, nuevos o viejos, no sean empréstito hecho a los extraños, sino prendas propias que sienten bien a la naturaleza antigua y perenne, y al rostro y talle del objeto del cual están destinados a ser adorno»²³.

Y en 28 de noviembre de 1869, contestando el discurso de recepción del señor Canalejas, hablaba así respecto del neologismo, en el limpio y ameno estilo que acostumbra, el señor don Juan Valera: «Las lenguas modernas son inferiores a las lenguas clásicas, griega y latina... Si en muchas cosas importa ser progresivos, sin olvidarse de la tradición y sin menospreciar lo pasado, en otros asuntos se encamina más hacia la perfección el que es conservador y hasta retrógrado, porque lo menos imperfecto, aunque no con frecuencia, suele hallarse también en el atavismo. Esto último ocurre en la contextura de las lenguas, cuya mejora, cuya belleza y primor, suele estar en lo arcaico, y cuya corrupción y ruina suele ser el neologismo de la frase. Pero, si esto es así en la contextura de las lenguas, en su forma, en su gramática, lo contrario puede entenderse de la parte léxica, esto es, de la materia, del caudal de voces, donde

²³ *Memorias citadas, I, 169.*

el neologismo, si está directamente formado, si se acepta y emplea, no por ignorancia del vocablo propio, sino porque no le hay para expresar bien la idea nueva, no sólo es permitido, sino laudable, útil y conveniente»²⁴.

Héme extendido en estas transcripciones a fin de comprobar las razonables tendencias y aspiraciones legítimas de la Real Academia Española. Parece que al esribir su carta consabida no se había detenido a estudiarlas el señor Gutiérrez. Antes que él, la Academia había reconocido, implícitamente en los aumentos de su Diccionario, explícitamente en los discursos de muchos de sus más ilustres individuos, que la movilidad es condición esencial de las lenguas vivas, y que esta movilidad trae consigo el neologismo. Pero el neologismo es de varias clases. Hay un neologismo natural, o genial, que nace de la lengua, como le nacen al árbol hojas, con una misma forma regular y constante, con un mismo verdor percedero. Y hay un neologismo parasitario, que envuelve la planta, y prestándole aparente lozanía, acaba por agotarla. Distinguiendo el uno del otro, la Academia aprueba el primero, y delata y condena el segundo. El señor Gutiérrez parece equivocarlos y confundirlos, como si ambos fuesen manifestación idéntica de la vida y desarrollo de las lenguas.

La castellana, en España y América, habrá de crecer y desarrollarse según las leyes de su vida orgánica, en sentido progresivo y uniforme, encaminándose a mayor perfección; o habrá de transformarse y acomodarse con sordo movimiento a las peculiaridades de ca-

²⁴ *Memorias, II, 134 – 135.*

da región y cada clima, hasta reaparecer. tras largo período de anárquica confusión, en nuevas y variadas formas. La Academia desea lo primero; el señor Gutiérrez no teme lo segundo. «¿Estará en nuestro interés, dice, crear obstáculos a una avenida que pone tal vez en peligro la gramática, pero puede ser fecunda para el pensamiento libre?» Pero el señor Gutiérrez no mide, no define el peligro; parte de una hipótesis que lo atenúa, y aun le da tintes de hermosa esperanza para muchos. «¿Qué interés verdaderamente serio, dice, podemos tener los *americanos* en fijar, en inmovilizar el agente de nuestras ideas, el cooperador en nuestro discurso y raciocinio?» La avenida inatajable de elementos extranjeros, con que arguye el señor Gutiérrez, se refiere especialmente a Buenos Aires; pero después de llamar la atención sobre aquel hecho especial, pasa el señor Gutiérrez a hablar de los *intenses*, no ya de los porteños, o a lo más, de los argentinos, sino de los *americanos* en general. Imagina el señor Gutiérrez que abandonada á influjo de causas extrañas la lengua se dividirá en dos grandes dialectos, uno español, peninsular, otro americano, continental. Aquella ampliación y esta hipótesis carecen de fundamento. Si la lengua ha de desviarse de su genuino tipo, que es el habla de Castilla, lo que debe temerse, lo que está en el orden regular de las cosas, es que se descomponga en dialectos²⁵. Y en verdad que los *americanos* sí tenemos un interés, y muy serio, en mantener la unidad de una len-

²⁵ Reconócelo así terminantemente don Andrés Bello en el prólogo de su *Gramática*, y dice que la consideración de tan grave peligro fue el principal motivo que le indujo a componer aquella obra.

gua que constituye el medio de comunicación fraterna entre las Repúblicas que componen la familia hispanoamericana.

Puesta en este terreno la cuestión, los supuestos americanistas en materia de lenguaje, comparecerán en hecho como anarquistas, y ya no alegarán en pro de su teoría el interés americano, el cual a todas luces está de parte de los que sustentan la unidad de la lengua que hablan los americanos. Quédarales por único recurso, como argumentó extremo, suponer al hombre impotente a impedir que las lenguas lleguen al final de su carrera biológica; notar de temeraria la resistencia que pretendemos hacer a la descomposición de que esa amenazado el castellano en el Nuevo Mundo.

Verdad es que, por el mismo hecho de desenvolverse, las lenguas llegan al cabo a transformarse. Pero también es cierto, que no todas se desarrollan y llegan a su término en un mismo fatal círculo de años; su duración es indefinida, y puede prolongarse más o menos tiempo, según las circunstancias. No se despedazó el latín sino en medio de las convulsiones profundas que desquiciaron el imperio romano y conmovieron el mundo. Nacidas en aquellas ruinas las lenguas neorromanas, y en general las que hoy predominan en Europa, criáronse a los principios como dialectos, locales y raquíticas; crecieron luego y se hicieron nacionales, siguiendo no tanto sus impulsos orgánicos, cuanto el movimiento instintivo de pueblos que, buscando la unidad y la fuerza, salieron del caos del feudalismo constituyéndose en nacionalidades monárquicas. La lengua castellana logró hacerse, además de nacional, conquistadora, como lo

había sido su madre la latina. Por un grande esfuerzo de inteligencia y voluntad supo Italia no sólo engrandecer la lengua nueva, sino resucitar la antigua, y el latín, merced al milagro del Renacimiento, es hoy lengua semiviva entre ras clases cultas del mundo cristiano. ¡Tanto puede una lengua cuando el pueblo que la recibió en herencia tiene conciencia de sus destinos! ¿Y no habrá en el pueblo hispanoamericano resolución, no ya para restaurar lo que ha muerto, sino apenas para proteger la conservación de lo que vive y florece. Aún no se ha desviado sensiblemente de la unidad la lengua que hablamos los hispanoamericanos; tiempo es de que comprendamos y fomentemos lo que Bello llama con mucha razón «las inapreciables ventajas de un guaje común», y para ello disponemos de los medios que nos brinda la civilización, y especialmente el de la imprenta, la cual detiene la descomposición del lenguaje, fijando, en forma a todos visible,

La palabra veloz que antes huía

Y concretándonos a las regiones del Plata, donde la inmigración extranjera, más que en ninguna otra parte, se ostenta poderosa, los elementos trastornadores despiertan fuerte resistencia, y robusteciéndose al pa de ellos los elementos conservadores pesan no poco en la balanza. Basta a demostrarlo cotejar entre sí los datos que en uno y otro sentido consigna el señor Gutiérrez en su carta a la Academia. Los hombres que allá cultivan con esmero el habla castellana, son «cortos en número», según el señor Gutiérrez, pero «de mucha influencia», añade, «en esta sociedad». Comparativamen-

te no debe de hablarse mal el español en la población de Buenos Aires, cuando en hijos de España que van con frecuencia a dedicarse a la enseñanza en aquel país, puede notar un argentino «cierto genero de locución exótica» y de «provincialismos en que incurren». En las calles de Buenos Aires resuenan multitud de lenguas extranjeras; pero en cambio, en lengua castellana «se escriben» allí «numerosos periódicos, se dictan y discuten las leyes, y es vehículo para comunicarse unos con otros los porteños». Confesión de abrumadora fuerza contra el que la produjo. Una lengua que se arma con todo el poder del periodismo, el cual crece al par de la población, y a todas partes llega y penetra, y todo lo cubre en constante flujo y reflujo; una lengua que ha echado tan hondas raíces y que ejerce tan dilatado imperio, bien puede con su resonancia inmensa en la Nación, sobreponerse al murmullo confuso de las calles de una ciudad como Buenos Aires, no más frecuentada por extranjeros que Barcelona o Madrid; y ni en Madrid, ni en Barcelona mismo, donde a los acentos de hablas extrañas se mezcla el dialecto catalán de los naturales, se ha temido que los rumores advenedizos y callejeros sean soplo potente a derribar el trono en que se asienta, c n triple aureola de gloria, literaria, política y religiosa, la Lengua Castellana.

No por eso hemos de cerrar los ojos a los peligros que amenazan a la lengua, ni imitar al rico que descansa sobre su renta, o al héroe que duerme sobre sus laureles. Todo imperio, toda humana soberanía sucumbe faltando la virtud que la sustenta. Las lenguas que, como la nuestra, merecen el título de soberanas e im-

periales, no morirán, pero sí, semejantes a la Justicia, que huyendo de la tierra se subió al cielo, pueden abandonar los labios de la humana gente para vivir vida inmortal en el santuario de los libros, desde el punto en que cese el culto que las debemos. No morirán a su gloria, pero no volveremos a gozar de ellas en trato diario y familiar. ¿Cuáles son esos peligros? ¿Cuáles los medios de prevenirlos? Al estudio de estas cuestiones, y de las que con ellas se relacionan inmediatamente debemos prepararnos echando desde luego una ojeada a la historia de nuestra lengua, a sus orígenes y progresos, a fin de pulsar su vitalidad. Lo pasado es clave de lo presente, y sirve a pronosticar lo porvenir.

Este trabajo se publicó en el *Repertorio Colombiano*, tomo I, N. 1, julio de 1878, págs. 3-21, con la siguiente nota: «La parte sustancial del presente artículo fue materia de una conferencia, que pronunció su autor la noche del 5 de febrero de este año en la Academia Mercantil del señor don Simón B. O'Leary, como introducción a un curso de temas filológicos y literarios. Redactada taquigráficamente dicha conferencia por los señores M. M. Paz e hijo, el señor Caro se ha servido refundirla para el *Repertorio* en la forma que aquí la presentamos a los lectores». En el tomo V, Págs. 120-136, de la edición oficial de *Obras completas de don Miguel Antonio Caro* (Bogotá, Imprenta Nacional, 1928), se incluyó este trabajo, del cual no ha quedado una versión manuscrita.